

El futuro nos alcanza

El Colegio volvió a la Feria del Libro de Buenos Aires. En esta ocasión desarrolló una jornada profesional, donde las comisiones internas refirieron el resultado de su trabajo, y organizó una mesa redonda sobre "Nuevos horizontes para el Traductor Público" con la participación de destacados panelistas. Tanto las comisiones como este panel y su posterior debate merecerán un comentario más extenso en el próximo número de nuestra revista. Sin perjuicio de ello, diremos que el tema de tratamiento fue la nueva forma en que el Traductor Público debe encarar su futuro profesional, tomando conciencia de que sus competencias y habilidades son objeto de un cambio profundo, fruto de la globalización y del avance tecnológico.

La globalización fue analizada desde una perspectiva útil en lo económico y en lo cultural. Se habló, entre otras cosas, de creatividad, de flexibilidad (pero no a expensas de la autoestima), de una visualización creativa de nuestras habilidades, de la participación activa, de la formación permanente como reto y del sostén de la diversidad cultural a pesar de los movimientos uniformadores. Pero también se comentó el cambio como algo impuesto, para el que no estamos preparados, del maltrato que propinamos a nuestro tiempo, del descuido con el que tratamos nuestra propia lengua, el castellano, y por ende, de cómo desmerecemos nuestro derecho de expresarnos libremente. Sí, porque descuidando nuestra lengua oral y escrita no hacemos otra cosa que menoscabar un derecho fundamental. ¿Tomamos conciencia de ello?

Si bien es cierto que los lectores se multiplicaron y que los textos escritos se diversificaron, que aparecieron nuevos modos de leer y nuevos modos de escribir, la lengua sigue siendo un elemento poco codiciado. No sólo en la Argentina por cierto, ya que en la población mundial sigue habiendo un 80% de analfabetos. Una cifra que, por cierto, abruma.

A fines de marzo todos leímos en los diarios que habrá "una campaña" apoyada por el gobierno y el Banco Interamericano de Desarrollo "para introducir Internet en todas las escuelas públicas de América Latina y el Caribe", como si ello pudiera ser un trampolín de acceso a mejores niveles de alfabetización y como si ello pudiera eliminar el "iletrismo"

anclado en las más recientes generaciones. Los gobernantes olvidan que el ejercicio pleno de la democracia es incompatible con el analfabetismo de los ciudadanos y que esta forma de gobierno es imposible como objetivo pleno sin niveles de alfabetización por encima del mínimo. La tecnología de por sí no simplifica ni simplificará las dificultades cognitivas del proceso de alfabetización o de lectura. La solución tampoco está en erradicar el multilingüismo.

El libro, la edición y la traducción seguirán siendo los principales propulsores de la cultura letrada. Entre la historia de los traductores y la historia de los editores hay mucho en común. Todos nosotros somos cabales defensores de la libertad de expresión, del "leer" y del "escribir" necesarios para perpetuar la cultura de la humanidad. ¿Somos conscientes los traductores de nuestra función social? ¿Son conscientes todos los editores de que los traductores también existen, que están allí como puente entre idiomas diferentes?

A partir de esta toma de conciencia se plantean numerosos interrogantes que deben ser vinculados necesariamente a nuestro primer planteo global y tecnológico. Por ejemplo, ¿podemos augurarle al libro o a los textos una muerte anunciada a expensas de Internet y de los tan elogiados nuevos soportes electrónicos del texto impreso, como el "libro electrónico"? ¿Reemplazarán ellos la palabra en papel? Todavía no sabemos cuál será el futuro, tampoco si alguna tecnología de avanzada nos podrá reemplazar. Pero sí sabemos que nuestro futuro estará plagado de cambios profundos que alterarán nuestra forma de trabajar.

Por eso lo mejor es prepararnos para recibir el futuro. Debemos aprovechar las posibilidades de formación y perfeccionamiento que se nos ofrezcan. Sólo así podremos, más allá de nuestra satisfacción personal, cumplir nuestra función social y contribuir mínimamente, con nuestro trabajo y curiosidad, a transformar a tantos analfabetos e iletrados en ávidos lectores de lo que traduzcamos. El CTPCBA entiende que la formación permanente de los matriculados es una de sus funciones prioritarias.

Consejo Directivo